

**TERCERAS JORNADAS NACIONALES DE HISTORIA SOCIAL**  
**11, 12 y 13 de mayo de 2011**  
**La Falda, Córdoba - Argentina**

**Mesa 4: Familias, mujeres y género**

**Autor:** Lehner, María Paula

**Inserción Institucional:** Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires

**Situación de revista:** Docente y ayudante de investigación

**Dirección particular:** [mariapaulalehner@gmail.com](mailto:mariapaulalehner@gmail.com)

**Título:**

**“Respetar y aguantar. Nupcialidad y condición femenina en sectores medios urbanos. Buenos Aires, 1930 – 1960”**

**Introducción**

Hacia 1930, la población de Argentina completó su proceso de transición demográfica, como consecuencia del descenso de las tasas de mortalidad y natalidad. Asimismo, la reducción de los niveles de fecundidad reveló, entre los sectores medios urbanos, una preferencia por las familias de tamaño reducido. Es de destacar que las parejas que lograron limitar el número de hijos lo hicieron en un contexto caracterizado por una fuerte retórica pronatalista y el predominio de métodos anticonceptivos tradicionales.

Germani (1961) recurre al promedio de personas que componen cada unidad familiar para constatar el paulatino descenso del tamaño medio de las familias que, si en Argentina en 1869 estaban compuestas por 6,1 personas pasan a 5,2 en 1914 y se reduce hasta llegar a 4,3 en 1947. El autor hace referencia a un modelo de familia en transición que surge en el proceso de transformación de una sociedad tradicional y su reemplazo por una estructura de tipo industrial-urbano. Trabajos pioneros sobre la transición demográfica en nuestro país destacan que el segmento de mujeres que, al inicio de la transición, se diferenció por una fecundidad menor fue el de las residentes en áreas urbanas, no nativas, de estratos medios y que habían tenido acceso a mayores niveles de educación (Pantelides, 1990; Torrado, 1993; López, 1997).

Es preciso señalar que, en las primeras décadas del siglo XX, la familia argentina era una institución poco normativizada. De ello dan cuenta los numerosos casos de varones ausentes (inmigrantes extranjeros y/o internos) o el alto porcentaje de mujeres jefas de hogar, así como el reiterado abandono de niños y las diversas

instituciones creadas para darles acogida; las uniones de hecho, el elevado número de hijos ilegítimos y la alta mortalidad infantil (Barrancos, 1999; Cacopardo, 1999; Míguez, 1999; Nari, 2004). Esto se explicaba, en primer lugar, porque en las tradiciones de los grupos nativos, las formas familiares seguían pautas alejadas del modelo nuclear conyugal. Segundo, porque las fluctuaciones que ocurrían en el mercado de trabajo a nivel mundial, obligaban a una amplia movilidad laboral de los varones jóvenes (inmigración golondrina) con fuertes consecuencias sobre las formas familiares. Finalmente, en el caso de la ciudad de Buenos Aires, se sumaban las dificultades de acceso a la vivienda para la conformación de una nueva unidad doméstica.

Fue así que se intentó la consolidación de un modelo de familia ‘normatizada’, que dejara fuera todas las ‘desviaciones’ que antes se señalaron. Desde los años 1930 este modelo se conoció como la familia de clase media (Míguez, 1999) y establecía identidades muy definidas en razón del sexo. Formar una familia se convirtió en el eje central de los proyectos vitales de la mayoría de los jóvenes; para las mujeres implicaba la maternidad obligatoria y para los varones, asumir el rol de proveedor económico. Bajo este modelo familiar, las mujeres de los sectores medios urbanos fueron esposas, madres y amas de casa; mientras los varones salieron a trabajar y a ganar el sustento para el mantenimiento de sus esposas e hijos.

En esos sectores la formación de una pareja era un proceso muy pautado y en el que se involucraban activamente los padres de los novios. Así, el triunfo del amor romántico no inhibió el ejercicio de un fuerte control de los adultos sobre los jóvenes pretendientes y la virginidad femenina se instaló como un mandato hasta bien entrados los años '60. Pedir la mano de la novia, comprometerse eran pasos sucesivos que daban prácticamente todas las parejas. Asimismo, la frecuencia y el tipo de encuentros, siempre bajo la presencia de algún miembro de la familia, las prohibiciones en materia de acercamientos y contacto físico, los lugares públicos en los que podían encontrarse, eran detalles que nunca quedaban librados al azar. Los noviazgos eran extensos y duraban por lo general entre dos o tres años. Este promedio se alteraba por diversas cuestiones: porque se respetaba el orden de casamiento de los hermanos de acuerdo con la edad y porque podía prolongarse si fallecía algún pariente cercano de los novios y había que respetar el luto (Lehner, 2007). En el peor de los casos podía ocurrir que un noviazgo no prosperara y terminara con una ruptura, este desenlace sin embargo suponía unos costes morales y sociales que hoy nos parecen desproporcionados. Pero si

la pareja continuaba unida, estaba naturalizada la idea de que la familia se completaba con la llegada de los hijos.

Al unirse, las parejas se prometían amor eterno bajo el juramento que sostenía “*hasta que la muerte nos separe*”. De modo que hasta bien entrada la década del '50, la principal causa de disolución de las uniones era la viudez; la muerte de uno de los cónyuges era el evento que ponía fin a la pareja. A partir de los años 1960 esta pauta se modificó por el aumento de las rupturas, lo que constituye un cambio trascendental en los patrones de nupcialidad.

En este escenario que acabamos de describir, ¿cómo se entiende el *respeto*, qué significaba *aguantar*? ¿Qué revelan estos términos recurrentes sobre la condición social de las mujeres y sus experiencias de nupcialidad? Y por último, ¿qué implicaciones tuvieron estas nociones en la conformación de los sectores medios urbanos en la Argentina de las primeras décadas del siglo XX?

### **Objetivo y metodología**

El objetivo de este trabajo es analizar el significado de una serie de expresiones recurrentes que las mujeres de sectores medios urbanos enuncian en relación con la nupcialidad y la reproducción.

Para cumplir con este objetivo se examinará un corpus de entrevistas en profundidad (35 casos) que forman parte de un proyecto de Tesis Doctoral en curso. A partir de un enfoque cualitativo, se realizaron entrevistas en profundidad a mujeres de las generaciones nacidas entre 1910 y 1930, con el fin de explorar sus vivencias en tanto protagonistas de la formación de sus familias entre 1930 y 1960. Se utilizó una muestra intencional y se contactaron 35 mujeres mediante la técnica de ‘bola de nieve’. Para conformar la muestra se consideraron los siguientes criterios de inclusión: ser mujer residente en la Ciudad de Buenos Aires o el Conurbano de Buenos Aires, haber nacido entre los años 1910 a 1930, pertenecer a estratos socioeconómicos medios (medidos a través del lugar de residencia al momento de la entrevista, la condición de propietaria de la vivienda, la ocupación del cónyuge o la propia y el nivel de escolaridad) y haber tenido al menos una unión y un hijo nacido vivo.

Dado el carácter cualitativo de este trabajo, no tiene la intención de hacer generalizaciones para el total de la población de la Argentina. Sin embargo, ante la falta de trabajos previos en la materia y dada la riqueza del material obtenido, la exploración

realizada permite aproximarse a aspectos poco conocidos de las experiencias de las personas.

La interpretación se realizó mediante una descripción densa de los principales aspectos relacionados con los procesos de formación de las familias y las trayectorias reproductivas: nupcialidad, entrada en la unión, decisiones y preferencias sobre la llegada de los hijos. Para el análisis e interpretación de los testimonios de las mujeres resultó de utilidad la herramienta que Kaufmann (1996) denomina “frases recurrentes”. Según este autor, las personas moldeadas por la sociedad de su época incorporan sin digerirlos fragmentos de lo social (ideas, imágenes, modelos, expresiones) y luego los expresan en estado bruto, tal como fueron asimilados. Estos fragmentos, poco o nada personalizados, no aparecen en los discursos por azar. Circulan y permanecen sin cambios de un individuo a otro, corresponden a procesos subyacentes esenciales que deben necesariamente expresarse de esa manera. Muchas veces no pueden ser personalizados ni explicitados: son recibidos y transmitidos como una evidencia dada, fundan el sentido común alrededor de un tema y tienen poder de estructuración social. Son frases que se repiten de manera precisa, con los mínimos detalles, con las mismas palabras. El trabajo del investigador entonces, consiste en hacer hablar esas frases. Las expresiones recurrentes tienen siempre un interés en el marco de un trabajo descriptivo: ellas indican una marcación social, incluso si se limitan al nivel de la opinión.

En la redacción de este trabajo se optó por un estilo que recurre a las citas de los relatos de las entrevistadas para ilustrar los temas que se abordan. Cada uno de los párrafos que se transcriben está acompañado por el seudónimo, el año de nacimiento y el número de hijos nacidos vivos.

## **Resultados**

Antes de iniciar el análisis es preciso señalar que la estrategia analítica utilizada en el presente trabajo combina los aportes de la historia, la sociología de la familia, los estudios de género y el método etnográfico. Se analizarán las frases recurrentes que aluden a los términos nativos “*respeto*”, “*aguantar*” y “*pocos pero bien*”. Estas expresiones son tomadas como anclajes de la identidad social de las mujeres, desde un enfoque que prioriza la perspectiva del actor. Pero al mismo tiempo pueden considerarse marcas distintivas de la conformación de la identidad social de los sectores medios urbanos entre 1930 y 1960.

### **a. Respetar**

Como ya se ha señalado, una de las nociones recurrentes en los relatos de las mujeres entrevistadas fue la de “*respeto*”. Este término aparece caracterizando las relaciones que ellas establecían con sus padres y madres, con otros adultos, así como con sus pretendientes, que luego serían sus novios y más tarde sus maridos. En todas las ocasiones, las mujeres subrayan que este componente de las relaciones sociales ha desaparecido o al menos ya no existe como ellas lo conocieron.

En primer lugar, la idea de respeto aparece en los relatos que hacen las mujeres de sus noviazgos. En líneas generales ellas opinan que entonces “*el hombre respetaba mucho más a la mujer*” así lo asegura Susana (1930, 2 hijos) que luego explica: “*La que iba a ser su mujer, la madre de sus hijos, la respetaba a raja cincha.*” De modo similar se expresa Marcela (1911, 1 hijo) “*Pero se respetaba mucho a la mujer antes. Era muy raro que un hombre, cuando se iba a casar, ya había hecho su vida con la mujer. Por lo general se respetaba a la mujer.*” Y Catalina (1921, 2 hijos) reflexiona “*yo llegué virgen (...) Y te voy a decir que mi marido me respetó mucho.*” En estos casos, la noción de “*respeto*” podría ser entendida como una combinación de autocontrol y obediencia para poner a salvo el honor y la decencia de las mujeres de sectores medios urbanos. El respeto cristaliza lo opuesto a una sexualidad activa prematrimonial y tiene un componente normativo importante ya que la virginidad fue un imperativo para las mujeres hasta bien entrados los años ‘60. En tal sentido, ellas reconocen que aprendían a “*no insinuar*”, porque era parte de la “*educación*” que recibían y del modo de “*crianza*”. Raquel (1923, 3 hijos) reflexiona: “*A mi nunca se me hubiese ocurrido tener relaciones con un hombre antes de casarme. Yo ya estaba criada así en mi casa.*” Y Elisa (1913, 2 hijos) cuenta “*Yo venía de un colegio que me habían educado muy bien, así que yo sabía muy bien cómo tenía que proceder... (...)...eso no se hace y hay que tener respeto por esto y respeto por lo otro, entonces uno ya estaba acostumbrada a eso...*”

En segundo término, la noción de respeto se repite en los relatos del momento en que el novio pedía la mano de la novia. Ésta era una ceremonia más o menos formal que consistía en un intercambio verbal entre el pretendiente y el padre de la novia y durante la cual, el candidato exponía sus pretensiones en relación con la muchacha. En cierto modo consistía en solicitar, ante la autoridad paterna, el derecho a estar de novios, con el firme propósito de iniciar un proyecto que se coronaba con el matrimonio. Era una situación que las entrevistadas describen llena de nerviosismo, en ocasiones teñida de

cierto humor y que otras veces podía pasar más desapercibida. Por lo general el padre de la novia aprovechaba este momento para interpelar al pretendiente; poner en claro sus puntos de vista respecto del futuro de la pareja y en especial sobre el porvenir de su hija. Las entrevistadas describen el pedido de mano como un ritual íntimo, sin convidados y en el que participan casi exclusivamente, en solitario, los varones: el padre de la novia y el pretendiente. Así, por ejemplo, Aurora (1918, 2 hijos) recuerda este episodio y dice:

*“Vino a pedir la mano un domingo... [...] ¿Y cómo fue? Que entramos a mi casa y él decía: -“Quedate, quedate... que viene tu papá.” -“¡No quedate vos!” Cuando venía mi papá yo me fui y lo dejé. (risas) [...] Y cuando enseguida mi papá vino de vuelta a la cocina y yo... me dice: “Andá que se quedó el muchacho”, dice. Y fui y dice: “No me dejó hablar, habló él solo”, que era una casa de respeto, que... me... te tenía que respetar (risas)”*

Por su parte a Blanca (1917, 2 hijos) también la evocación de este ritual le provoca risa y da algunas claves para interpretarlo, ella afirma:

*“Si en ese tiempo se usaba eso. (risas) [...] Y él tenía mucho respeto por mis padres, ¿no? Porque mis padres eran... No es como ahora que todo se hace personal, ¿no? Antes no, antes uno pedía la opinión a los padres. Era así. Y bueno entonces yo le dije: -“Tenés que hablar con mi padre.” Porque... y enseguida habló... Y mi papá encantado de la vida.”*

Este testimonio revela que no sólo las mujeres recibían respeto, si no que se trataba de una “*casa de respeto*”, como una característica que supera la individualidad y abarca al resto de los familiares. Además se insiste en el “*respeto por los padres*” pero también hacia cualquier adulto. Especial énfasis se pone en la necesidad de “*respetar a la mujer*” que indica cierta particularidad de la construcción de la identidad femenina entre las mujeres de sectores medios urbanos de aquellos años. Por último, la entrevistada es consciente de la pérdida de control de los adultos sobre la elección de la pareja, reconoce que antes “*las cosas no se hacían de modo personal*”, sino que se “*pedía la opinión de los padres*” y esto también forma parte de la noción de respeto.

En tercer lugar, el respeto predomina en los relatos sobre la sexualidad. El testimonio de Blanca (1917, 2 hijos) es revelador de la dimensión del respeto cuando comenta:

*“Pero siempre hubo ese respeto, que no sé por qué, ¿no? Que ahora no existe, para nada. Pero nosotros estábamos criados de otra forma, ¿no? Mamá era una santa.*

*Porque era una santa. Pero ese respeto, ¿no? Y tal es así que después de casada y cuando quedé embarazada no sabía cómo decírselo” (risas)*

Su relato pone en tensión las sensaciones que sintió al momento de tener que anunciar su embarazo con “*el respeto*” y la condición de “*santa*” de su madre, equiparándola con una virgen. La vergüenza y el tabú configuran esta noción de *respeto* que hacía que todo lo relacionado con la sexualidad se ocultara, incluso como dicen las entrevistadas, después de casadas. El embarazo era la prueba más flagrante de una sexualidad activa y confirmaba, a la vez, la pérdida de la virginidad.

Una amplia mayoría de las mujeres entrevistadas llegaron al matrimonio siendo vírgenes, como el caso de Irene (1917, 2 hijos) que dice “*yo me casé virgen*”; Rita (1920, 4 hijos) “*Y me casé que tenía 25 [años] y me casé bien virgen...*” y Marina (1916, 5 hijos) que agrega “*Y yo me casé virginal, querida, no me había tocado nadie.*” A estos testimonios podemos agregar otros que insisten sobre las nociones como la “*pureza*” y la “*honra*” de las mujeres que llegaban vírgenes al matrimonio y que como explica Cristina (1914, 1 hijo) “*Era una obligación que la mujer llegara virgen. (...) Era el vestirse de blanco... la blancura del traje es significado de la pureza de la mujer.*”

La virginidad aparece calificada como algo “*sagrado*”, como una “*obligación*”, asociada a la “*honradez*” o incluso como algo “*natural*”. Los comentarios adquieren un tono de exclamación cuando las mujeres se refieren a la pérdida de la virginidad antes del matrimonio o más aún, la maternidad en soltería. Estas cuestiones suscitan expresiones como “*¡Dios me libre!*”, se describen como algo “*¡terrorífico!*”, para la mujer era como si le hubiera “*caído un rayo encima*”, que entonces sería “*criticada por todo el mundo*” porque “*quedaba señalada*”, podía incluso ser “*echada de la casa*” de los padres ya que significaba una “*deshonra*” y “*una cruz*”. La mujer que ha tenido sexo fuera del matrimonio es considerada una “*atorranta*” y entienden que los hombres la rechazarán porque a nadie le “*gustaría comer un caramelo chupado.*” Angélica (1922, 3 hijos) sostiene que “*ya era una cosa determinada y hasta que no te casabas no pasaba nada.*” y Ana (1921, 1 hijo) agrega que el varón “*te quería pura*”. A su vez Rita (1920, 4 hijos) sostiene que “*las mujeres como nosotros éramos sagradas*” y Matilde (1917, 4 hijos) recapitula “*Yo el único hombre que conocí en mi vida fue mi marido.*”

En síntesis, la noción de “*respeto*” tal como aparece y se repite en los testimonios, podría ser entendida como una combinación de obediencia y autorepresión para poner a salvo, no sólo el honor y la decencia femeninos, sino de la “*casa*”, del grupo familiar. Asimismo, la práctica del respeto aseguraba el ejercicio del control de los adultos sobre los jóvenes para medir las intenciones de los novios y para evitar cualquier desafortunado traspie. En cierto modo, el “*respeto*” condensa en los discursos de estas mujeres la aceptación de lo socialmente instituido, actitud que contrasta con la rebeldía que, como más adelante veremos, observan en las mujeres de hoy en día.

Por último, una vez instaladas en el mundo doméstico, las mujeres también recurren a la noción de respeto para describir sus actitudes hacia el esposo. Por ejemplo Aurora (1918, 2 hijos) recomienda que al marido “...*hay que respetarlo, que hay que tener la comida a su hora... Si él trabaja, sabés que viene a tal hora, a tal hora tenés que tener la comida, servirlo. Tenerlo bien atendido*”. Sólo algunas mujeres, interpretan estas situaciones en clave del “*machismo*” imperante que, entre otras cuestiones, eximía a los varones de realizar cualquier tarea doméstica en el hogar. En estas apreciaciones está latente la idea de que este reparto de tareas implicaba también un reparto desigual del poder. Otras mujeres, en cambio, no cuestionan esta naturalización de las diferencias, como Dora (1916, 3 hijos) que no duda en reconocer que: “*El hombre era el fuerte en el matrimonio.*” Agrega que entonces había “*respeto*” y concluye: “*Papá era papá, el jefe.*” Y, en el mismo sentido, Ana (1921, 1 hijo) sentencia: “*el que mandaba en la casa era el hombre.*” Estas situaciones llevan a las mujeres a hablar de “*dependencia económica*”, pero también de “*sometimiento*”, incluso alguna cree que entonces la mujer “*era un poco esclava*”.

## **b. Aguantar**

Es preciso mencionar que durante el período en que las mujeres entrevistadas formaron sus familias predominaba la viudez como principal modo de salida de la unión. Las parejas se juraban amor eterno y se disolvían con la muerte de uno sus miembros. Diversos estudios sobre la población de Argentina confirman los cambios ocurridos en los modos de salida de la unión y observan el reemplazo paulatino de la viudez por la ruptura a lo largo de las últimas décadas (Mazzeo, s/f). El aumento de las separaciones se hace notar a partir los años 1960 y su pico se ubica -como era de prever- a partir de su legalización tras la sanción de la ley 23.515 de divorcio vincular del año 1987.

No obstante, entre las generaciones mayores, es más probable que la principal causa de disolución de la unión sea la muerte de uno de los cónyuges. Asimismo, el proceso de envejecimiento de la población favorece el aumento el porcentaje de viudos en las edades más avanzadas, o mejor dicho de viudas, ya que la sobremortalidad masculina presiona para que sean mayoritariamente las mujeres quienes se encuentren en esa situación conyugal. A diferencia de otros fenómenos demográficos, la nupcialidad es un evento que puede variar y repetirse a lo largo de la vida de las personas. La gran mayoría de las mujeres eran viudas al momento del trabajo de campo, en franca minoría las seguían las separadas y las divorciadas, luego las casadas en segundas nupcias y por último encontramos un solo caso en que la entrevistada convivía con su pareja.

La viudez tiene un aspecto distintivo para el análisis, ya que la muerte es un hecho involuntario, de modo que no interviene ninguna elección individual en la disolución de la unión. Este es un punto de giro fundamental en relación a la modalidad de la ruptura, en la que el deseo personal y la autodeterminación juegan un rol trascendente. De este modo, las rupturas se producen cuando desaparecen los lazos emocionales, suponen el fin no biológico de la pareja, la muerte en cambio reviste un carácter irreversible.

A todas las mujeres entrevistadas se les preguntó si, en la época en que ellas formaron sus familias, era frecuente que las parejas se separaran. Sus respuestas son de lo más elocuentes y abren varias vías de análisis. En primer lugar las mujeres consideran que antes las rupturas matrimoniales no eran tan frecuentes como lo son en la actualidad. Afirman que *"ahora es horroroso"* y reconocen que las posibilidades de una separación lo eran aún más remotas en la época de sus madres. Existen algunos testimonios que hacen referencia a separaciones de familiares próximos, como en un caso los suegros de una entrevistada, en otros fueron hermanos, pero fundamentalmente personas de las generaciones siguientes como hijos/as o sobrinos/as. Esta percepción del aumento de los divorcios las lleva a hacer comentarios como el de Sofía (1929, 3 hijos) *"...ahora no sé, están casados y ya están separándose"*. Y en el mismo sentido Rita, (1920, 4 hijos): *"Que ahora que están casados un año y ya se separan, a veces tres meses y se separan."*

En segundo lugar, y a diferencia de los que ocurre en la actualidad, señalan que las separaciones eran situaciones vergonzantes, que las personas trataban de ocultar y que *"la gente no quería decir que se divorciaba"*, era una situación que se mantenía

*"más tapada viste, no tan a la vista de la gente"*, se escondía o directamente no se contaba. La mujer que se separaba entonces, era considerada una *"mosca negra"*, incluso *"una loca"*. La situación estaba tan *"mal vista"*, *"que era un papelón, tu mamá ¿cómo te recibía?"*, *"¿qué iban a decir los vecinos?"*. Es posible pensar que si bien las separaciones eran raras y poco frecuentes, cuando existían en ocasiones se invisibilizaban por la fuerte sanción social que se ejercía sobre los separados. En la actualidad, en cambio, las separaciones son más toleradas, tienen una mayor aceptación social gracias a la existencia de actitudes más permisivas tanto a nivel individual como social.

En tercer lugar, las entrevistadas reconocen que el principal motivo para romper una unión era la infidelidad, casi siempre atribuida a los varones, a quienes se les admite un comportamiento sexual y social más permisivo que podía poner en jaque la relación afectiva. La infidelidad, el engaño, *"irse a bailar por ahí"*, *"irse de programa"*, son las causas que más malestar podían provocar en las parejas. Pero esta actitud de los varones está asociada a las posibilidades de circular por los espacios públicos, que entonces eran casi exclusivamente masculinos, como lo ilustra el párrafo que sigue que pertenece a Elisa (1913, 2 hijos):

*"Mirá los hombres siempre como tienen, han tenido más libertad han podido hacer lo que les dio la gana, como están todo el tiempo en la calle y no tienen nada más que trabajar. El que era decente, era decente; pero gente que no era correcta hubo toda la vida, tanto hombres como mujeres, pero generalmente más los hombres que tienen más... han tenido más libertad."*

Pero así como las mujeres comentan los motivos por los que una pareja podía separarse, también explican los motivos por los que las parejas permanecían unidas. Surgen una serie de valores asociados a las características de la identidad de las mujeres que *"respetaba mucho al hombre"*, *"quería mucho al hombre"*, *"de verdad, con amor"*. Los testimonios de las entrevistadas señalan también que *"la mujer no estaba preparada para estar sola"*, *"porque la mujer era casarse y ser ama de casa"*. Además los testimonios indican que antes la mujer era *"más sufrida"*, *"vivía más sacrificada"*, *"estaba bajo el ala del marido"*, *"estaban más sometidas al hombre"*, y como ya se mencionó, una de ellas expresa que la mujer antes era *"más esclava"*.

De todas las razones que enumeran las entrevistadas para explicar porqué duraban aquellas uniones, surge como expresión recurrente el término *"aguantar"*. Este

verbo aparece conjugado por las entrevistadas para dar cuenta del cambio radical que se ha operado en la situación de las mujeres, tanto en la relación con los varones al interior de la pareja y la familia, como en otros ámbitos de la vida. En la opinión de las mujeres el trabajo extradoméstico es una de las transformaciones más importantes que explica porqué en la actualidad las mujeres han alcanzado igualdad y grados de independencia que les permiten una mayor autonomía en el plano económico. Dicho de otro modo, hoy en día las mujeres están en condiciones de no aguantar más una situación matrimonial que nos las satisface porque han logrado una mayor emancipación económica. Los siguientes testimonios lo reflejan:

*"Y bue, debe ser por parte, por la independencia, antes la mujer no tenía tanta independencia como ahora, antes la mujer viste, dependía mucho en la parte económica del marido, hoy en día no, y es muy importante, muy importante tener una ocupación..."* (Cora, 1928, 2 hijos)

*"Yo diría que a la mujer hay que levantarle un monumento, que todas hemos sido heroínas, desde mi época hasta acá porque hemos tenido que enfrentarnos a un machismo muy, muy metido, muy arraigado y eso nos costó sangre, sudor y lágrimas, porque no fue fácil. La ventaja era que una no tenía que ir a la calle a poner el hombro, pero lo otro pesaba también en contra, el sometimiento."* (Marta, 1922, 3 hijos)

Salles y Tuirán analizan el mito de *"hasta que la muerte nos separe"* y citan un testimonio de lo más revelador donde se contrasta la conjugación del *"yo me aguanto"* del pasado con el *"yo me divorcio"* del presente, y reflejan el mismo fenómeno para México (Salles y Tuirán, 1996). Sorprende que las mujeres mexicanas también utilicen el mismo verbo, la misma expresión recurrente, en el sentido de que antes las mujeres aguantaban o las parejas se aguantaban en contraposición al momento actual en el que las personas no se aguantan. Tal como sostiene Irene (1917, 2 hijos) *"la gente casi no se divorciaba, se aguantaban"*. Y en el mismo sentido Angélica (1922, 3 hijos) cuando observa: *"... [Separase] no [era] tan común como ahora, a lo mejor estaban mal pero seguían viviendo juntos. [...] Si, se aguantaban más, digo yo, si ahora las chicas no se aguantan..."*

La idea de que en la actualidad las mujeres no se aguantan aparece de inmediato relacionada con los cambios en las relaciones entre los sexos. Las entrevistadas no ocultan su asombro, hablan de *"rebelión"* de las mujeres que ya no se someten a la institución del matrimonio, ni al dominio de sus esposos y ni siquiera al de los padres. Este es un aspecto revelador del tipo de relaciones que los cónyuges tenían en el pasado

y de algún modo, sobre las desigualdades entre los sexos inherentes al matrimonio tradicional. Al respecto Ana, (1921, 1 hijo) menciona: *"Ahora es como, ahora es una rebelión todas las mujeres viste como son. Si te descuidás algunas mandan al marido, ¿he? Hay muchas que ahora... yo veo cuántas que mandan al marido y ellos parecen corderitos..."*

A su modo, las mujeres analizan los cambios en las pautas matrimoniales y señalan la fragilidad de los nuevos tipos de relaciones, el debilitamiento del compromiso ya que afirman que ahora *"no se crean sentimientos firmes"*, y como si fundaran nuevos mitos aseguran que en la actualidad impera el *"hoy te vi y mañana si te he visto no me acuerdo"*. En sus evocaciones, el pasado casi siempre está idealizado, antes *"había una obligación de hacerse cargo de las cosas, ahora en cambio no existe eso"*.

En algunos relatos aparece resaltado el riesgo que implicaba el sistema del amor romántico para la elección de una pareja para toda la vida. Como bien advierte Parsons, las mujeres debían afrontar la incertidumbre de elegir pareja en un momento en que el porvenir de sus futuros maridos era incierto (Parsons, 1972). A lo que podríamos agregar que las parejas no se conocían en la intimidad, ni en la convivencia. Al respecto, una entrevistada utiliza la metáfora de *"la lotería"*. Es Marina (1916, 5 hijos) quien con cierta resignación sostiene: *"Que se va a ser hija, a veces nos toca la lotería en la vida. Y más antes que ahora, porque ahora, por ahora está más controlado."* Y agrega: *"...porque mandan ellos siempre. (...) En todos lados."* Esta idea también aparece en otros relatos bajo la idea de *"suerte"*. Es el caso de Cristina (1914, 1 hijo) que en relación con su matrimonio dice: *"No, no te contaban nada. Todo era misterio. No, yo te digo, yo tuve mucha suerte. Había otras mujeres que por ahí se casaban con otros señores que no..."* También Dora (1916, 3 hijos) reflexiona sobre este tema y relaciona la capacidad de *"aguantar"* con la *"suerte"* de las mujeres. Según ella las separaciones eran raras porque entonces las mujeres *"se aguantaban."* Entonces aclara: *"Era una mala suerte si el hombre era malo, era borracho, le pegaba. El noventa por ciento aceptaban que habían tenido mala suerte, ¿no?"*

Estas apreciaciones sobre la suerte en la elección de la pareja refuerzan aún más la noción de *"aguantar"*, ya que las mujeres ven muchas dificultades para salir por voluntad propia de las uniones que no las satisfacen. Aunque en ocasiones se mencione cierta actitud de comodidad de las mujeres como lo señala Marta (1922, 3 hijos) que revela cuál era el razonamiento de muchas mujeres en aquella época: *"...y después si les*

salía mal... 'Bueno con tal que a mí no me pase nada, que no me falte nada, que haga lo que quiera.' También existía ese razonamiento de muchas mujeres." Cuando se le pide que aclare agrega en tono de resignación: "Y bueno si mi marido a mí me engaña, me es infiel, bueno... lo importante es que a mí no me haga faltar nada." Este mismo argumento utilizan otras mujeres como Ana (1921, 1 hijo) que afirma:

*"La mujer era muy aguantadora. Yo conocí mujeres que sabían que el marido iba a bailar los sábados y bueno y se la bancaban. Como tenían hijos, viste... Era más sufrida la mujer. Porque vos te separabas y ¡qué papelón! ¿Tu mamá cómo te recibía? Eran otras ideas, ¿viste? No como ahora. (...) La mujer, te digo que, que era más esclava y se aguantaba al hombre, porque yo sé de chicas o muchachos que se iban a bailar los domingos, viste. He conocido vecinas y bueno y ellas decían 'Bueno, él es bueno, no me hace pasar nada, quiere al chico y bueno...' Y le aguantaban, era distinto."*

Al respecto Alicia (1923, 3 hijos), sostiene que la gente se separaba "En casos extremos" porque "la mujer aguantaba todo lo que podía" Y luego explica:

*"Había hombres que le gustaba castigar a la mujer o pegarle... (...) O se iban con otras mujeres o se iban por ahí a bailar y las dejaban a las mujeres. Tampoco hay para aguantar eso ¿no? Pero la mayoría lo aguantaba por los hijos, por el qué dirán, la vergüenza, cómo vas a dejar la casa."*

La capacidad de "aguantar" refleja, en estos testimonios, cierta desventaja de las mujeres en relación a la libertad y el poder que tenían los varones. Al mismo tiempo ponen de manifiesto la existencia de una fuerte presión social por mantener las apariencias y evitar el escándalo. "Aguantar" también forma parte de la respetabilidad que los sectores medios construyeron para lograr posicionarse en la escala social. Veamos a continuación qué frase recurrente aparece en relación con la descendencia.

### **c. Pocos pero bien**

Las mujeres entrevistadas tuvieron en promedio 2,3 hijos nacidos vivos. Las más prolíficas de la muestra tuvieron cinco hijos y muchas tuvieron un solo hijo; aunque no quedan dudas que el modelo preferido fue el de "la parejita": en lo posible una hijo y una hija. Esta fecundidad relativamente baja se tradujo en familias de tamaño reducido, que contrastan con las familias de origen de las mujeres que, por lo general, eran numerosas y extensas. Ellas nacieron y se criaron en familias que tenían en promedio cinco hijos/as; muchas refieren haber nacido en familias de más de 10 hermanos aunque

también hay mujeres que fueron hijas únicas. Estas diferencias ponen de manifiesto el proceso de transición de la fecundidad que tuvo lugar en nuestro país en las primeras décadas del siglo XX, a la vez que expresan la práctica de un control deliberado de los nacimientos entre las generaciones más jóvenes. Es el caso de Matilde (1917, 4 hijos) que reflexiona: *“Y si pocos, no muchos, porque ¿para qué?”* y agrega: *“Porque si hubiera sido por tener hubiéramos tenido uno por año, (risas) lo menos.”*

Los testimonios reflejan una actitud altruista por parte de las mujeres y sus parejas para limitar el número de hijos. Los relatos refieren a las posibilidades de brindar a los hijos el acceso a un mayor bienestar así como a niveles de instrucción que la sociedad de la época ofrecía a los sectores medios en formación. En tal sentido, los padres se muestran dispuestos a hacer sacrificios para darles una mejor condición de vida a sus hijos pero para eso deben tener pocos.

Al respecto, las mujeres entrevistadas señalan la posibilidad de dar a los hijos *“una educación”*, *“la educación que uno pretendía para sus hijos”*, para *“educarlos como quisiera”*. Es preciso señalar que una parte importante de estas mujeres abandonaron sus estudios para ingresar al mercado de trabajo cuando tenían alrededor de 14 años. Para muchas, la frustración por no haber podido seguir estudiando, aumentó las expectativas de educación puestas en los hijos, indistintamente del sexo. En sus deseos como madres se vislumbra cierta revancha, la superación y fundamentalmente la posibilidad de darle un mejor porvenir a la generación siguiente. Alicia (1923, 3 hijos) reconoce que *“Quería tener dos, no quería tener más porque para criarlos, para mandarlos al colegio, para educarlos a mí me parecía mejor ¿no?”* También Dora (1916, 3 hijos) sostiene *“Y después no se tuvieron más porque uno quería darles estudio. Así que, en las posibilidades de uno no estaban muchos hijos, ¿no? A los que tuvimos les dimos carrera.”* María (1926, 3 hijos) reconoce que *“Tratábamos de que superaran un poco más de lo que habíamos sido nosotros.”* Y agrega *“... uno siempre desea un hijo más formado.”* Para Sofía (1929, 3 hijos) el modelo a seguir era el de su marido profesional y dice: *“Y sí para dar una educación buena, yo quería que siguieran, como mi marido era universitario, era abogado...”*

Esta idea de una mayor educación para los hijos podría interpretarse como un cambio de época, porque las mujeres no lo relatan como un reflejo de sus propias elecciones, sino como un nuevo mandato social para la generación de los hijos. En tal sentido, Eva (1918, 2 hijos) traspasa su propia experiencia y su discurso refleja un sentimiento de aquel entonces: *“No, la gente se atenía a sus posibilidades, no es que*

*traían hijos así... (...)...todos querían más o menos llevarlos a un cierto nivel, que estudien. No era fácil, este, así que se limitaban...*” María (1926, 3 hijos) recurre a un recurso similar y habla no sólo por ella, sino por los de su misma pertenencia social: *“...ya se empezaba a pensar en cómo se educaba a los hijos si eran muchos. Por lo menos en familias de una educación media como era la mía.” (...) No es que se va achicando la familia; se va pensando en el porvenir de la familia.” (...) Y más cuando después se quieren educar los hijos.”*

En los discursos de las mujeres, el propósito de brindar a los hijos una mayor educación que la que ellas recibieron aparece asociado a la idea de bienestar. De algún modo, el acceso a la educación era parte de un proyecto más amplio de bienestar para los hijos. En este sentido Aurora (1918, 2 hijos) reconoce *“Para nosotros, para mi matrimonio, era mejor pocos y tenerlos bien y no, que no puedan ir a estudiar.”* O Antonia (1927, 3 hijos) que sintetiza: *“Nosotros teníamos pocos, pero los teníamos bien...”*

En los años del primer peronismo es posible observar una ampliación del bienestar y de los derechos de ciudadanía en sectores sociales hasta entonces marginados. La vida cotidiana de esos argentinos se vio transformada por la incorporación de nuevos derechos asociados al acceso a la educación, la salud, la vivienda, las vacaciones pagas y las jubilaciones (Torre y Pastoriza, 2002).

Por momentos, en los testimonios recogidos las ideas se repiten de un modo casi idéntico; es cuando las mujeres se refieren a una idea un tanto abstracta de bienestar. Suelen ser un poco más precisas en relación a la educación y en ocasiones recurren a una expresión que podría provenir de sus propias vivencias, cuando dicen que deseaban para sus hijos: *“que no les falte nada”*. Esta idea se repite en varios testimonios como el de Matilde (1917, 4 hijos) *“Pocos. Para poderlos, si quería uno, educarlos como quisiera y que no les faltara nada...”* O el de Ana (1921, 1 hijo) que explica que la gente tenía pocos hijos *“Porque los quería tener bien, para mi. Para mi que decía tengo uno, pero viste, pero le daba estudios, que no les faltara nada en la casa.”*

En estas mujeres, el bienestar aparece asociado a los recursos económicos de la familia que en la casi totalidad de los casos eran provistos por el varón proveedor y en ocasiones administrados por las mujeres amas de casa. Algunos testimonios reflejan esta situación, como el de Eva (1918, 2 hijos) que recuerda *“No es que era caro educarlos, porque las escuelas eran gratuitas. Pero la vestimenta, los útiles, lo que se*

*ganaba... (...) el que trabajaba era el hombre, la mujer no trabajaba. Así que había que andar con pie de plomo, para cumplir con esas cosas... ”*

En este sentido, la condición de ama de casa requería de una habilidad para estirar y hacer rendir los ingresos del marido. En la época abundaron los manuales y publicaciones con consejos para ser una buena ama de casa y administrar con creatividad el dinero que entraba al hogar. Así, Marta (1922, 3 hijos) explica:

*“Por lo menos yo me arreglaba de hacerles la ropita, de preparar siempre yo la comida, no se compraban esas cosas que se compran ahora, tanta publicidad que hay y productos, no existían tantas cosas. Y trataba siempre de tener un criterio sano, de darles buena alimentación y preparada en casa.”*

Cora (1928, 2 hijos) está convencida que antes *“...no se le daba tanto los gustos como ahora (...)...nosotros tratábamos de darle todos los gustos a los chicos pero no, tanto cine, ni tanta, ni tanta cosa como los chicos tienen ahora, tienen demasiado, y la culpa es de los padres...”* Por su parte Elisa (1913, 2 hijos) reconoce que mantener a los hijos

*“...era caro, pero si el padre trabajaba los chicos tenían, porque también los chicos se conformaban diferentes y las cosas todas no eran manufacturadas, como que ahora andá a comprar, andá al kiosco hasta allá antes se hacían en casa una torta y le cortaba un pedazo y le dabas; en cambio ahora andá a comprar medialunas, andá a comprar esto, andá... entonces es diferente, es un ritmo distinto de vida, completamente.”*

Las mujeres reconocen que la vida cotidiana estaba menos mercantilizada, había menos tentaciones, eran otros estilos de vida y se valoraban las destrezas que una buena ama de casa era capaz de poner en juego. Por ejemplo Rita (1920, 4 hijos) explica la clave para administrar los ingresos familiares: *“...vos tenés que adaptarte al bolsillo de tu marido. Si vos te adaptas al bolsillo de tu marido, todo te va a ir bien. Pero si vos querés sobrepasarte del sueldo que el ganaba...”*

En cambio, en otro pequeño grupo de mujeres aparecen relatos que reflejan una situación más difícil desde el punto de vista económico y dejan ver que, por momentos, los ingresos del hogar eran insuficientes para mantener a muchos hijos. En tal sentido consideran los problemas económicos como un freno para tener una familia más numerosa. De un modo casi literal lo dice Cora (1928, 2 hijos) que reconoce que *“...también por la parte económica, la parte económica frenaba mucho...”* Lidia

(1916, 2 hijos) prefirió una familia... *“Si, reducida. Porque no daba para tanto. Lo que se ganaba...”* (...) *Costaba mucho tenerlos y criarlos y darles una educación.*” De un modo más dramático lo expresa Carmen (1917, 1 hija) *“Más hijos no se podía tener porque no se podía alimentar.”* Otras mujeres mencionan que el marido era *“joven”* y *“le costaba luchar”* y otra que dice que *“...se le venía un poco pesado...”*

En estos relatos se percibe que, por aquellos años, las mujeres y sus parejas forjaron un notable ascenso social que, en parte, fue posible gracias a los sacrificios que realizaron esos padres por sus hijos. La frase *“pocos pero bien”* refleja un clima de época marcado por la consolidación de los nuevos sectores sociales medios urbanos, asociados a la modernización de la sociedad y a los procesos de individuación que fueron acompañados por un Estado que expandió los derechos y el acceso al bienestar de los ciudadanos.

### **Comentarios finales**

Este trabajo se propuso analizar el significado de algunas nociones que aparecen de modo recurrente en los relatos de mujeres de sectores medios urbanos que formaron sus familias en el período que va de 1930 a 1960.

Como se mencionó, durante aquellos años se desplegó un intento de normalización de la diversidad de formas familiares que existían en Argentina posmigratoria (Míguez, 1999). Siguiendo a Míguez, este proceso de construcción de un modelo de familia de “clase media” se hizo visible a través de fenómenos como la movilidad social, la diversificación de los consumos, el sincretismo étnico, la escolarización, la construcción de la identidad nacional y la fijación de nuevos estándares de corrección social que establecían pautas de conducta. En contraste con las familias de la elite para las que el decoro era un atributo derivado de su pertenencia de clase; los sectores medios urbanos en formación debieron reforzar sus aspiraciones de respetabilidad. Las pautas de nupcialidad, el mundo doméstico y el tamaño de la descendencia parecen haber sido campos propicios para instituir la respetabilidad de los sectores medios urbanos.

Como ha señalado Donzelot (2008), a la familia se le adjudica la función de integración social que puede ser considerada también como una forma de control social, de represión y hasta de policía. Este autor distingue las operaciones de “moralización” y “normalización”, que desde el siglo XIX se produjeron en Francia con el fin de evitar, entre las clases populares, los efectos de las “errancias individuales”, una manera de

referirse a la pobreza, el vagabundeo, la mendicidad y el concubinato. Se trata, dice Donzelot, de una serie de intervenciones que más que apoyarse en la familia, “la activan”. Por lo tanto, la familia no aparece como una mera institución, sino más bien como un mecanismo capaz de convertirse en arquitectura social. La noción de normalización que define Donzelot, es central para la comprensión de la conformación de las familias de sectores medios urbanos entre 1930 y 1960 en la Argentina. Y es definida como “la lucha contra esos enclaves populares que permitían la autonomía de los vínculos entre generaciones y por lo tanto contra las consecuencias políticas de ese fenómeno: una población desvinculada de sus amarras territoriales pero que a la vez conserva de sus orígenes una fuerza en movimiento imprevisible e incontrolable.” (Donzelot, 2008).

En un trabajo reciente sobre la historia de la clase media argentina, Adamovsky (2010) insiste sobre la idea de que desde 1870 la sociedad argentina “fue como un magma informe donde no estaba claro para nadie cuál era su lugar”. Entonces se volvió imperiosa la necesidad de ordenar y sentar las bases de una jerarquía social que permitiera realizar operaciones de clasificación de las pertenencias sociales. Según este autor, a las mujeres les cupo un papel especial, ya que alrededor de su figura se creó el ideal de la mujer moderna. Ese ideal comprendía los cánones de la respetabilidad femenina que al mismo tiempo que establecía los patrones de decencia, se despegaba de las mujeres de sexualidad exuberante.

La sexualidad, pero también la vida cotidiana en el espacio doméstico y el tamaño ideal de la descendencia, fueron moldeados de acuerdo con esas pautas que establecían marcas sociales de pertenencia y consolidaron la identidad en ciernes de la “clase media” argentina. Respetar, aguantar y tener pocos hijos son los modos en que se resumen esas marcas en los relatos de las mujeres entrevistadas. Pero además, cada una de estas frases recurrentes refuerza la presencia de un componente nuevo de las prácticas de estos sectores: la planificación y el control, ya sea sobre las emociones, las apariencias o la capacidad reproductiva. Según Beck-Gernsheim (2003) la planificación es también un elemento central del proceso de individualización. Los sectores medios tratan de imitar a los de “arriba”, pero fundamentalmente intentan tomar distancia de los de más “abajo”. Y los más pobres suelen ser también los grupos más prolíficos, producto de comportamientos reproductivos menos regulados que, siguiendo a Beck-Gernsheim corren el riesgo de ser vistos como “sospechosos, ingenuos, irracionales o irresponsables”. En contraposición, los nuevos sectores medios urbanos hacen gala de

su modernidad mediante unas prácticas nupciales, domésticas y reproductivas en las que el autocontrol y la planificación se configuraron como norma.

## **Bibliografía**

Adamovsky, Ezequiel (2010) *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919 – 2003*. Buenos Aires, Planeta.

Barrancos, Dora (1999) “Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras”, en Devoto, F. y M. Madero (comp.) *Historia de la vida privada en la Argentina. La Argentina entre multitudes y soledades. De los años 30 a la actualidad*. Tomo 3. Buenos Aires, Taurus.

Beck-Gernsheim, Elisabeth (2003) *La reinención de la familia. En busca de nuevas formas de convivencia*. Barcelona, Paidós.

Cacopardo, Cristina (1999) “Jefas de Hogar de ayer y de hoy en la Argentina” *Papers de Demografia* N° 150. Centre d’Estudis Demogràfics – Universidad Autónoma de Barcelona. Disponible en la página Web del CED

Donzelot, Jacques (1979) *La Policía de las Familias* Buenos Aires, Nueva visión.

Germani, Gino (1961) “Algunos aspectos de la familia en transición en la Argentina”, en Germani, Gino y Jorge Graciarena (1961) *De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Departamento de Sociología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Kaufmann, Jean-Claude (1996) *L’entretien compréhensif*. Paris, Nathan.

Lehner, María Paula (2007) "Noviazgos y casamientos, Buenos Aires, 1930 - 1960", Actas de las IX Jornadas Argentina de Estudios de Población. Huerta Grande, Córdoba, 31 de octubre a 2 de noviembre de 2007. Centro de Estudios Avanzados y Asociación de Estudios de Población de la Argentina.

López, Elsa (1997) *Anticoncepción y aborto. Su papel y sentido en la vida reproductiva*. Buenos Aires, Oficina de Publicaciones del CBC, Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Mazzeo, Victoria (s/f) "Comportamiento de la nupcialidad en la Ciudad de Buenos Aires en el período 1890-1995. La concepción jurídica de la familia y el concepto de matrimonio a través del tiempo" Informe final de investigación llevado a cabo con subsidio del Programa de Investigación y Desarrollo de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires (Ubacyt). Versión mimeo.

Míguez, Eduardo (1999) "Familias de clase media: la formación de un modelo", en Devoto, F. y Madero, M. (comp.) *Historia de la vida privada en la Argentina. La Argentina Plural: 1870 – 1930*. Tomo 2. Buenos Aires, Taurus.

Nari, Marcela (2004) *Políticas de maternidad y maternalismo político. Buenos Aires, 1890-1940*. Buenos Aires, Biblos.

Pantelides, Edith A. (1990) "Un siglo y medio de fecundidad Argentina: 1869 al presente" Seminario sobre la Transición Demográfica en América Latina. Buenos Aires, 3-6 de abril 1990, versión mimeo.

Parsons, Talcott (1972) "La estructura social de la familia" en Linton, Ralph (1972) (Comp.) *La Familia*. Barcelona, Península.

Salles, Vania y Turián, Rodolfo (1996), "Mitos y creencias sobre la vida familiar" en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 59, núm 2, abril-junio, 1996, pp. 117-144.

Torrado, Susana (1993) *Procreación en la Argentina. Hechos e ideas*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor y Centro de Estudios de la Mujer.

Torre, Juan Carlos y Pastoriza Elisa (2002) "La democratización del bienestar", en Torre, Juan Carlos (dir.) *Nueva Historia Argentina. Los Años Peronistas (1943 - 1955)*, tomo VIII, Sudamericana, Buenos Aires.

## Anexo I: Matriz de datos

N	Nombre	Nacimiento		Lugar de residencia	Cantidad de hijos familia origen	Origen padres	Nivel educativo	Casamiento			Hijos nacidos vivos
		año	lugar					año	edad ella	edad él	
1	Alicia	1923	CABA	CABA	5	A	PI	1942	18	35	3
2	Ana	1921	CABA	CABA	4	IE	PC	1944	22	23	1
3	Angélica	1922	Prov. Bs. As.	CABA	1	IE	UC	1944	21	24	3
4	Antonia	1927	Córdoba	San Isidro	9	A	PI	1953	26	31	3
5	Aurora	1918	CABA	CABA	14	II	PI	1944	26	26	2
6	Blanca	1917	Gran Bs. As.	CABA	4	A	PC	1945	24	25	2
7	Carla	1917	CABA	CABA	2	A	PI	1935	17	23	2
8	Carmen	1917	La Pampa	CABA	11	A	SI	1944	27	sd	1
9	Catalina	1921	CABA	CABA	2	IE	PC	1943	22	26	2
10	Cora	1928	Entre Ríos	CABA	2	MX	SC	1949	21	sd	2
11	Cristina	1914	Salta	CABA	8	MX	TC	1936	19	38	1
12	Delia	1916	CABA	CABA	6	IE	PC	1936	20	24	1
13	Dora	1916	CABA	Lanús	2	MX	PC	1938	22	25	3
14	Elisa	1913	CABA	Villa Ballester	2	IE	SC	1939	26	33	2
15	Elvira	1915	Gran Bs. As.	CABA	5	II	PI	1937	21	23	5
16	Emilia	1920	Italia	San Isidro	11	II	PI	1938	16	19	2
17	Esther	1924	CABA	CABA	4	A	PC	1947	22	33	2
18	Eva	1918	CABA	CABA	3	IMX	PC	1944	26	sd	2
19	Hilda	1912	Prov. Bs. As.	CABA	6	A	PC	1930	17	25	1
20	Irene	1917	Prov. Bs. As.	CABA	5	IR	PC	1939	22	24	2
21	Irma	1920	CABA	CABA	4	A	SC	1945	24	27	1
22	Joaquina	1914	Prov. Bs. As.	CABA	9	IMX	PI	1940	26	29	1
23	Laura	1915	San Juan	CABA	6	IE	PI	1944	27	28	2
24	Lidia	1916	CABA	Lanús	7	A	PI	1940	24	sd	2
25	Marcela	1911	Gran Bs. As.	CABA	4	MX	TC	1935	23	26	1
26	María	1926	CABA	CABA	2	A	TC	1949	22	31	3
27	Marina	1916	Trieste	CABA	6	IMX	PI	1936	20	27	5
28	Marta	1922	Prov. Bs. As.	CABA	5	MX	UI	1949	27	29	3
29	Matilde	1917	Prov. Bs. As.	Avellaneda	7	IE	PI	1936	18	26	4
30	Negra	1926	CABA	CABA	3	MX	PC	1946	20	24	4
31	Raquel	1923	CABA	CABA	2	IR	PC	1943	20	30	3
32	Rita	1920	CABA	CABA	7	II	PC	1946	25	31	4
33	Sofía	1929	CABA	CABA	1	IE	SC	1952	22	26	3
34	Susana	1930	Gran Bs. As.	San Isidro	3	A	SC	1951	21	24	2
35	Talia	1926	CABA	CABA	2	A	PC	1947	20	21	2

### Referencias:

A: argentinos; II: inmigrantes italianos; IE: inmigrantes españoles; IR: inmigrantes ruso – judíos; MX: argentino + inmigrante; IMX: inmigrantes de diferentes orígenes.

PI: Primario incompleto; PC: Primario completo; SI: Secundario incompleto; SC: secundario completo; UI: universitario incompleto; UC: universitario completo; TC: terciario completo.